5475

LA HISTORIA Y LA EXPERIENCIA

EN OPOSICION

CONTRA EL HEROISMO

DE

BONAPARTE,

POR

D. A. H. Y C.

Se hallará en Sevilla en casa de D. Vicente Lema, en calle Génova, y en Cádiz en la de D. Domingo Font y Closas, calle de San Francisco.

Digitized by Google

Digitized by Google

FRANCESES:

LA decantada gloria de Napoleon se ha convertido ya en ignominia. Vuestros escritos, vuestras adulaciones, vuestras baxezas intentaban presentarlo á la admiracion de los mortales como un genio benefico, establecedor del órden, que consolida los gobiernos: como un ingenio sin par, regenerador de las artes y de la industria con que se enriquecen las naciones: como un talento sublime, protector de las ciencias, con que se ilustra el espíritu del hombre, para hacer las delicias y la felicidad de sus semejantes. La historia mentirosa de ese Númen tutelar, en cuyo poder confiais, á la manera de la famosa Cyropedia, es mas bien una pintura de lo que debiera ser Napoleon, que una exâcta é imparcial narrativa de lo que ha sido.

Pero la verdad y la razon no se subyugan por mucho tiempo á la violencia. Disípanse, quando menos se esperaba, las sombras que obscurecen el brillo de la primera: y el poder de la segunda vence los obstaculos de la injusticia con una intrepidez que aterra á los iniquos. El genio de la historia siempre ha confundido la arrogancia francesa, por mas que ella nos presente sus Héroes imaginarios con unos caractéres tan bellos como distantes de la realidad. Os lo probaré.

Cuenta no poca antigüedad vuestra propension á honrar con el título de *Grandes* los Monarcas que os han gobernado. Pero siempre tuvisteis la mala suerte de que el consentimiento de las Naciones se haya resistido á vuestro dictámen.

Van á cumplirse diez siglos que pretendeis este título, bastante dificil de adquirir, para Cárlos el Hijo de Pipíno el *Breve*: y á despecho de tan tenaz porfia, jamas podrá el segundo Príncipe de la estirpe Carlovingia purificar la mancha con que afean su gloria los recuerdos de Roncesvalles. Nunca se

olvidarán las palabras de Eginard, que describiendo la derrota de su amo, confesó: *que esta herida, recibida en los Pyrineos, ahogó en el corazon de Cárlos la mayor parte de las felicidades conseguidas en España; y que no le fué posible la venganza, ni volver por el honor de sus banderas.*

El entusiasmo de vuestra nacion ha querido presentarnos á Enrique Quarto con el nombre de *Grande.* Pero el Conde de Fuéntes resistió y domó el ímpetu de su arrojo en Cambray, Chatelet y Durlan, que fueron testigos de la derrota de los Franceses, cuyo Monarca ciertamente no logró el renombre que le dais miéntras aquel Gobernador de los Flamencos estuvo al frente de los exércitos de España. Tampoco lo gozó quando las Guiches y las Verneviles, con sus caricias, hicieron mas de una vez perder el fruto de sus victorias al primer Soberano de la séptima linea de vuestros Príncipes.

Luis Décimoquarto, aquel Monarca tan elogiado de vuestros escritores, aquel cuyas glorias eleváron hasra intentar hacer de su persona una apotéosis política, estuvo tan lejos de merecer el dictado de *Grande*, que ántes bien, reconocida su mala fe, muchas ilustres plumas se vieron precisadas á escribir que las infracciones de tratados con los Príncipes vecinos podrian formar una historia completa de la vida política de un Soberano que tanto confiaba en la fuerza de las armas. El grave empeño que se le ofreció de sostener en España los derechos de Felipe Quinto no experimentó siempre constante á Luis: pudiéndose decir con verdad, que las batallas de Brihuega y Villaviciosa, debidas al esfuerzo de casi solos los Españoles, afirmáron para siempre en las sienes de Felipe la Corona que tantas y tan poderosas Cortes coligadas intentaban arrebatarle.

Franceses: desgraciados fuisteis en los conatos de presentar al teatro político, con el título de *Grandes*, tres Monarcas de las legítimas dinastias: pero no sois mas felices quando os atreveis á ensalzar los estraños, á hacerlos venerar como Héroes de la *Grandeza*, y á darles asiento en el Trono de vuestros mismos Soberanos. Por dos veces lo habeis intentado, ambas con perjuicio del honor de los Españoles: y por otras tantas habeis tenido que sentir, escarmentados, tan arrogante y jactanciosa temeridad. Un Grie-

go y un Corso mereciéron vuestra preferencia: pérfido el uno, sacrílego y alevoso el otro, disipándose en humo sus baladronadas, no gozaron tranquilamente las satisfacciones con que se dexáron alucinar.

Bien sabido es, que el dominio de los Godos Españoles en el siglo septimo, se estendia por lo interior de Francia, teniendo los Monarcas la Soberanía de Langüedoc, Foix, Narbona, Bearne y Gascuña. Así es, que el Rey Wamba dominaba todos estos payses, como legítimo Rey de España. Mas el General Paulo, Griego de nacion y de fe, hombre disimulado y astuto, que teniendo dañado el corazon, sabía encubrir su malignidad, y ganarse con su falso trato, sino el amor, á lo menos el concepto y veneracion de las gentes: este General, digo, á quien el Monarca fió el castigo de la Galia Narbonense, que se habia manifestado rebelde, tuvo la osadía de serlo él mismo y hacerse proclamar en Narbona *Rey Supremo del Oriente y terrible destruidor de todos los males.* La resistencia que los Franceses hiciéron á Wamba fue igual al empeño que formáron de sostener al intruso.

Pero los Españoles supieron vengar completamente la injuria de su Monarca. Nimes fue el campo de la venganza nacional, el teatro de las glorias Españolas, y el término fatal de los insultos de Paulo. Vencido este, prisionero, lleno de ignominia, se le conduce á Toledo. Entra en ella montado sobre un jumento, raida la barba, la cabeza rapada, y en ella una corona de cuero, siendo el Rey de burlas, que hizo brillar con todo el esplendor de la Magestad al verdadero Rey, cuyo triunfo llenó de regocijo á sus fieles Vasallos. La ruina del Tirano fué un exemplo terrible á los malvados, que usurpan el trono á que no los conduxo otro derecho, que el de la ambicion, la astucia y la perfidia.

Franceses: ¿Ha escarmentado vuestra nacion con este mal suceso? ¿Debió él jamas apartarse de vuestra memoria? ¿No dió motivo á San Julian de Toledo para escribir aquella famosa declamacion, que tan al vivo pinta las tramas de los iniquos, siendo al mismo tiempo un monumento eterno de la eloqüencia del Santo y del valor de los Españoles? Ah! nuestro siglo ha visto con horror y con lágrimas la

repeticion de una parte de aquella tragedia. Se espera verla concluida dentro de poco tiempo, con satisfaccion de los verdaderos Franceses, y con aplauso universal de las Potencias de Europa. Todas se interesan en las resultas, porque todas toman parte en vuestra felicidad.

En efecto: ¿no vieron todas en nuestros dias encenderse un fuego voraz en lo interior de Francia, que tomando pábulo en los Tronos y en los que los ocupaban ó tenian derecho á ocuparlos; en los Templos y Altares y en los que estaban consagrados á su servicio y custodia; en los Doseles de la Magistratura y en los que la exercian segun los derechos de una sábia y antigua constitucion; no vieron, repito, que este mismo fuego estendia sus furiosas llamas para incendiar al Universo? Las conmociones populares, dirigidas sin plan y sin objeto circunstanciado, fueron un pretesto, como lo han sido siempre, para desahogar los odios personales, y para conducirse al establecimiento de las opiniones absurdas, con que los ingenios orgullosos querian conciliarse crédito, á costa de las autoridades políticas y religiosas.

Ello es que la Francia temió acercársele su completa desolacion. Toda la Europa se vió en la necesidad de alarmarse para contener el ímpetu de los facinerosos, cuyos insultos aspiraban nada ménos que al trastorno de toda potestad legítima. El gobierno mas injusto, por mas sanguinario era el mas respetado de los Franceses. Los nombres lisonjeros de paz, de armonía, de igualdad, de fraternidad, de salud y de seguridad pública servian de velo para la tiranía, para el pillage, para el asesinato. Los Gefes, que presidian á cada nuevo gobierno, adoptaban una hipocresía de estado siempre contraria al extremo que motivó la muerte ó la deposicion de los que les precediéron. Así es, que siempre reynó el dolo, la perfidia, la doctrina de Maquiavelo, hasta que un hombre oscuro, un hombre que no pudo encontrarse en Francia, un hombre á quien el temerario arrojo y cierta vil é infame condescendencia, mas bien que la prudente fortaleza de ánimo, hicieron preferir entre los fanáticos entusiastas de la libertad, fue puesto al frente del gobierno para conservarla: pero se la quitó á los mismos que lo exáltaron, y formó el plan de borrar sus de-

rechos, sometiéndolos á la mas bárbara esclavitud. Beneficios tan extraordinarios legitiman la posesion que ha tomado de tantos paises Napoleon Bonaparte, en el concepto de los Franceses.

La ambicion desmedida de este usurpador cree ser muy estrechos los límites de Gefe subalterno para el exercicio de su poder sanguinario. Como General quiere tener sujetos á los demas Gefes. Como Cónsul se hace proclamar el primero entre los tres electos. Como preferido hace que le reconozcan por diez años. Como prorogado intriga hasta declararse vitalicio. Como perpetuado se adjudica el poder hereditario, quando se reserva el derecho de la eleccion. Como hereditario enreda, pasmando á toda Europa, hasta ser proclamado Emperador.

¿Y á quien debe todas estas glorias? ¿Al Pueblo que le reconoce? ¿Alos Departamentós que lo piden? ¿A la Nacion que lo promueve? Ah pérfido! Desapareció ya tu mentido heroismo. El está en contradiccion con la historia y la experiencia. Como tú quieres persuadir á otros, que todos los Príncipes, hasta tu exâltacion, fueron en todas partes opresores del pueblo, brindas á este con la libertad, que jamas ha logrado ninguno de tus súbditos: seduces á este mismo pueblo: fascinas á sus Gefes: decides con arrogancia: exclamas en tono de Oráculo inspirado: *Escuche aquel que tiene oidos para oir. La hora de la resurreccion política ha llegado para todos los pueblos que gemian baxo la opresion.*

Precedidas semejantes arengas en Egypto y en todas las regiones por donde transita Napoleon, cuenta para sus ascensos los votos de los Franceses. Abre registros en que se hagan constar: pero lo executa de un modo que el temor de un poder vengativo preocupa la libertad de las elecciones. No son los votos secretos. El que los dá se vé en la precision de poner su nombre y rúbrica en seguida de su dictámen. El temor del resentimiento en un poderoso no permite que dexe de aterrar la imagen de la venganza. El interes y la gloria de la Patria se sacrifican á una vil lisonja y á un indecoroso envilecimiento. Violentada la mayor y mas sana parte de aquel desgraciado Pais, se pretende por los partidarios del Tirano quede sepultado el odio con que le detestan los hombres de bien. Napoleon los ci-

ñe con doradas cadenas que forja el mismo: cadenas que deslumbran con su falso brillo, y que no son apreciadas por opresoras de la libertad. Libertad! Ah! Que libertad ha de haber jamas donde se estienda el brazo de un usurpador! ¿Y qué Tirano puede presentar legítimos títulos para la usurpacion? Napoleon no los presenta para entrar en Egypto y hacerlo Colonia de la Francia. Napoleon dice á Suleyman en la extravagante conferencia de las Pyrámides unas palabras que siempre estarán contra el violador de todos los derechos. *Si el Egypto es posesion del Mameluco, manifieste la escritura que Dios le ha hecho.*

Sagrado Vicario de Christo en la tierra, Emperadores de Alemania y Rusia, Reyes de Nápoles, Cerdeña, Portugal, Prusia, Dinamarca, Suecia, é Inglaterra; Repúblicas de Venecia, Génova, Holanda, Lúca y Ragusa; Príncipes Electores y demas de la antigua Constitucion Germánica ya me parece que os veo á todos tomarle la palabra á este monstruo de los vandidos, y clamar todos unánimes á la faz del universo: *Si la Europa es posesion de Bonaparte, que enseñe la escritura que Dios le ha hecho.*

Decís muy bien, Príncipes Augustos: pero entre vuestro dicho y el de aquel ladron insidioso, aparece la notable diferencia de que él habla para robar mas á salvo; y vosotros hablais para manifestar la injusticia con que se os despoja.

De manera que aunque el Sumo Pontífice no reconozca en Napoleon, quando recibe la consagracion y la diadema, un Pipino de Francia que destina á su propio hijo para que venere cien millas antes de la Capital, al Sucesor de San Pedro: aunque no se encuentre con un Soberano que sale en persona con toda la Real Familia para recibirle á tres millas de la Corte; que se arroja de su Caballo, se hinca de rodillas, besa su pie, le acompaña como escudero al lado de su litera, y le concede quanto le pide á favor de la Silla Apostólica: aunque no reciba de Bonaparte obsequios iguales á los que experimentó el Papa Estevan en el Sucesor de Pipino: aunque por ultimo se vea despojado del Patrimonio de S. Pedro; sienta la separacion del Sacro Colegio; llore vulnerados los derechos mas inviolables y respetados aun por los Alaricos y los Atilas: sin embargo, Pio Séptimo no debe manifestar su resentimiento. Porque Napoleon todo lo executa por decretos á que es imposible resistirse. El mismo lo asegura, y es

menester creerlo, porque asi lo testifica en su original diálogo con los Muftis: *Si yo por orden Superior he disminuido las posesiones temporales del Gran Vicario de Christo, he procurado defenderle y ampliarle las Espirituales y Celestiales....* Pero ¡no es fuerte cosa, que desde que el benignísimo Bonaparte dixo tales palabras, se rompen los cascos hombres que no son lelos, y al cabo de tantos dias las han encontrado tan verdaderas como los textos del Alcoran!

Por mas que los Príncipes y Monarcas del siglo presente sufran el dolor de ver desquiciarse los Tronos en que estaban colocados, debiendo la soberanía á los derechos mas legítimos; no por esto deben persuadirse á que esto sea violentarlos ó despojarlos. La razon es clara, si traemos á la memoria, que en 27 de Diciembre de 1804 ha declarado el verídico Napoleon á la cabeza del Cuerpo legislasivo: *Que no quiere ensanchar el territorio de la Francia; pero sí mantenerlo íntegro. Que no tiene la ambicion de exercer en Europa mayor influxo; mas no quiere decaer del que ha adquirido. Que ningun estado se incorporará al Imperio; pero no sacrificará sus derechos ni los vínculos que le ligan á los Estados que ha creado.* No crean, pues, los Soberanos á sus propios ojos, ni á sus funestas experiencias, que están pugnando con una declaracion tan modesta, tan solemne tan autorizada: pero crean sí, que nadie ha mentido en el mundo con mas descaro ni mayor desvergüenza que Napoleon.

Sí, Potentados de Europa, que veis esas nuevas Coronas de Nápoles, de Italia, de Holanda, de Westfalia, de Wurtemberg, de Saxonia fabricadas con el oro y las riquezas que os ha robado el padre del latrocinio. No temais: el dice, *que han llegado los dias de la regeneracion política.* El esclama: ¡*Desdicha y tres veces desdicha para aquellos que buscan las riquezas perecederas y que solicitan el oro y la plata semejantes al lodo*! Vaya! ¡Sino parece, sino que los Anacoretas de Egypto, los Cenobitas de Palestina, y los Ascetas del Asia resucitan asombrados, salen presurosos de sus humildes sepulcros y vienen dociles á tomar lecciones de este nuevo héroe de la pobreza Evangélica! Tal es su doctrina teórica. ¿Y la práctica? Tan parecida á aquella como Napoleon á un Rey de España.

Franceses: yo vuelvo á dirigiros la palabra. Está ya des-

cubierta la vanidad de vuestro empeño. Cárlos, Enrique y Luis, vuestros Reyes legítimos, fueron Soberanos buenos para sus Vasallos: pero no dignos de que las naciones los aclamen *Grandes* por antonomasia. Paulo y Napoleon subieron al Trono que les prepararon sus ardides y sus violencias. Se hicieron dar ambos, títulos pomposos, para los quales jamas tuvieron el mas pequeño mérito. No se ha contentado el entusiasmo veleidoso de los prosélitos de la iniquidad con el renombre de *Grande* para el último. Un atrevimiento sacrílego y escandaloso usurpa los atributos con que el Ser Supremo se distingue de las criaturas. La vil lisonja proclama *Todo-poderoso* al monstruo de toda maldad. Pero el Ser Supremo ha tratado ya de castigar al impío. Ha confiado la venganza de sus ultrajes á la nacion Española. El monstruo debe ser exterminado de la tierra, que ya no le puede sufrir. La España, por demasiadamente fiel, por excesivamente sumisa, por indisolublemente ligada al precepto de su Monarca, tuvo la desgracia de apoyar sin restriccion las resoluciones del feroz Caco de la Europa y del Merlin de la Diplomacia.

Mas en el momento de descubrir que ella misma debe ser sacrificada, con la Dinastía que la gobierna, por la enmascarada barbarie de aquel que se intitulaba *Protector de la España*; en aquel punto se reviste de su antiguo caracter. Se acuerda de los tiempos y dias aciagos en que por las divisiones intestinas de la discordia, experimentaron nuestros Mayores alternativamente el yugo de los Fenicios, de los Cartagineses, de los Romanos. Se acuerda que la desunion ciñó á los *Godos Españoles* por mas de siete siglos con las prisiones de los Arabes. Se acuerda que la oposicion de intereses en las memorables *Comunidades* hizo derramar inútilmente arroyos de sangre en lo interior de nuestra Peninsula. Se acuerda por último que las contradiciones formaron de la Metrópoli de nuestra Andalucía, un objeto para las justas iras de la Reyna Católica Isabel, cuya prudencia sola pudo tranquilizar los ánimos de los naturales divididos por las facciones de Ponces y Guzmanes, que inconsideramente corrian á exterminarse.

Pero tampoco olvida España que quando la union, la concordia y la buena fe reynaron en la Península, burla-

ban la astucia mercantil de los Fenicios, despreciaban la perfidia de la Grecia, resistian la mala fe de Cartago, inutilizaban las impudentes arterías del Senado de Roma, arrojaban al Africa la infame raza de los Arabes, contenian el poder desmesurado de los Ricos-Hombres; y haciendo que la España fuese formidable á los estraños, la conciliaban el respeto y la admiracion del Universo.

Asi es, que tratando los Españoles de defender su Patria, su Rey, su Católica Religion contra un Tirano que la insulta, que lo sorprehende, que la profana, les parece que oyen decir á un Tito Livio, que los Españoles son una gente feroz, que no puede vivir sin pelear: á un Francisco Primero de Francia, que aseguró sacaban las armas del vientre de sus madres y nacian armados: á un Peterborug, que viniendo á apoyar los derechos de Cárlos de Austria contra Felipe de Borbon, exclamó al entrar en España: *Hemos venido á despertar á estos Leones; algun dia nos pesará.* Pesóles y bastante.

Frances: ¿y os pesará á vosotros? ¿Les pesará á vuestros fanfarrones Generales? ¿Le pesará al robador de todos vuestros derechos? Despertásteis ya al Leon. Se ha esperezado. Ha sacudido sus guedejas. Ruge: y sus rugidos despiertan los generosos cachorros de todas las Provincias. Sus garras se preparan á destrozar vuestros Exércitos. Las Eras de Zaragoza, los Campos de Manresa y Tarragona, las Huertas de Valencia y las Sierras de Andujar no pueden contar las víctimas, que sacrifica á su justa venganza. ¿En donde está el Héroe que os defendía en Marengo, en Jena, en Frieland, en Austerlitz? En aquellos campos de batalla movió armas, que en España se han embotado. En aquellos campos reynó la perfidia sobre el valor, que jamas abandonan los Españoles. En aquellos campos se formó la mentida relacion de triunfos imaginarios que desconoce nuestra Península.

El nombre de vuestro Emperador vá seguido en ella del desprecio y del aborrecimiento. Ya está recorrido el alfabeto de los nombres ignominiosos y de los adjetivos infames, aplicándolos á vuestro predilecto Corso, sin que las voces hayan servido de desahogo al justo resentimiento de los Españoles. Ellos corren á las armas con un heroismo de que no hay exemplar en las historias. Murat, el digno substituto de su buen cuñado, con el dolo y la astucia extrae de Madrid la Espada de Francisco Primero, que nuestros mayores conquistaron con el valor. Conducid ahora al Museo Napoleon, pero con cuidadoso esmero para

no desgraciarlo, el gracioso edificio del Escorial. Pues si no quereis que aquella espada nos recuerde á Pavía, este monumento, mientras esté en España, nos reproducirá la memoria de San Quintin. No tengais ese remordimiento. Mas tampoco tendréis el gusto de que la Dinastía de Bonaparte ocupe el Trono de la España, privada de tales recuerdos de su antiguo valor. El carácter del Déspota se ha descubierto por la experiencia. Los Españoles lo aprecian en lo que vale.

Un Oficial frances ha dicho, que *Napoleon posee el arte de dar batallas; pero carece del don de ganar corazones.* Pues sepa Napoleon que los destinados para Monarcas de España, sino reynan primeramente en el corazon de los verdaderos Españoles jamas reynan en la Península. Cuentense los corazones conquistados por José Bonaparte y quedarán contados los votos que tiene para el Cetro de España. Decídselo al mismo: decídselo á su hermano: decídselo á toda su estirpe reciensacada de la obscuridad y de los ángulos mas reconditos de la Europa. Decid á todos ellos y sabed vosotros, que preguntando un gran Político, y grande afecto á Felipe Quinto ¿qué hacian los Andaluces quando desembarcaban en Rota los Ingleses y aliados? y diciendosele, que huían y abandonaban sus casas y caudales, retirandose tierra adentro; respondió: *Pues Rey tenemos.*

Y ahora que todos los Españoles no huyen, sino se arman: ahora que no desamparan sus casas, sino las fortifican: ahora que no abandonan sus caudales, sino los ofrecen para la defensa comun: ¿no dirá todo buen político; *Pues Rey tenemos?* ¿Y quien es este Rey? FERNANDO SEPTIMO: el general y únicamente amado FERNANDO SEPTIMO: el que á pesar de Napoleon y de sus jactanciosos axîomas, *tiene once millones de amigos, aunque ha dexado de ser dichoso.* Esto lo sostiene con la espada y con el exemplo *un Pueblo á quien nadie puede vencer, porque quiere ser independiente*, sino falla el Oráculo de la Córcega.

Esta es la voz universal de la España, de un pais en que no se encuentran Suleymánes, Ibrahines ni Muhamedes, que se estremezcan y se queden con la boca abierta, al oir decir al Padre de las patrañas enfáticas: *Un carro celeste subirá por mis órdenes hasta la morada de las nubes, y baxará el rayo sobre la tierra, por un hilo de metal, quando yo lo haya mandado.*

Por nada de esto temen los Españoles. Saben ellos muy bien, que en Sevilla, Sargadelos, la Cavada, Toledo, Albacete, Placencia, y Villafranca se imprimen muy eficaces conjuros contra aquellos metéoros y otros semejantes, que forma en el ayre y en la tierra la carcomida y vacilante *Omnipotencia* de Bonaparte.

5º?767